

RETIRADA, VOZ Y LEALTAD

Sobre las fructíferas convergencias de las obras de Hirschman *Retirada, Voz y Lealdad* y *Compromisos Cambiantes: Reflexiones desde la reciente experiencia Argentina*.

por

GUILLERMO O'DONNELL (*)

I

Las obras que Albert Hirschman ha dirigido al desarrollo económico y político de América Latina, han tenido un impacto enorme en los estudiosos y (a menudo en los dirigentes sociales y políticos) de la región. La influencia de Hirschman en América Latina, sin embargo, va mucho más allá de aquellos escritos: sus publicaciones más generales de carácter teórico, incluyendo aquellas que fueron escritas teniendo más en mente el mundo desarrollado, han sido extremadamente útiles a muchos latinoamericanistas de varias disciplinas. En el presente capítulo, usaré algunas de las ideas desarrolladas por Hirschman en: *Retirada, Voz y Lealdad* (R.V.L.), (1) y en *Compromisos Cambiantes* (C.C.) (2) que encontré iluminadoras para el estudio de algunos problemas surgidos por la frenética y violenta política de mi país, Argentina. "Trasplantando" aquellas ideas a un contexto profundamente represivo y autoritario, tengo la esperanza que ellas se puedan extender más allá en formas que amplíen su importancia comparativa y teórica.

(*) Director Académico del Kellogg Institute for International Studies de la Universidad de Notre Dame, Indiana, e Investigador del Centro Brasileiro de Planejamento (CEBRAP) de São Paulo.

Este trabajo es parte de un volumen en homenaje a Albert Hirschman editado en 1986 por la Universidad de Notre Dame. (Traducción de Carina Perelli).

(1) HIRSCHMAN, Albert, *Exit, And Loyalty: Responses to Decline, Organizations and States* (Cambridge; Harvard University Press, 1970).

(2) HIRSCHMAN, Albert, *Shifting Involvements: Private Interests and Public Action* (Princeton: Princeton University Press, 1979).

II

Los golpes por medio de los cuales se implantaron regímenes burocráticos-autoritarios en Sud América, en los años sesenta y setenta, ocurrieron después de, y en gran medida, como una consecuencia de serias crisis económicas, grandes olas de movilización popular, politización ampliamente extendida, y muy a menudo, altos y crecientes niveles de violencia (3). En la mayoría de los casos, sin embargo, como sucedió con la emergencia del fascismo en Europa, aquellos fenómenos ya habían alcanzado su apogeo antes de los respectivos golpes militares. Este fue ciertamente el caso en Argentina antes del golpe de 1976: la masiva movilización, la extensa e intensa politización de muchos individuos provenientes de prácticamente todos los sectores sociales, y aún los desafíos impuestos por la guerrilla urbana, habían estado declinando desde aproximadamente dos años antes del golpe. Aunque los datos relevantes están esparcidos, es claro que muchos individuos, cansados de verse implicados en política, y sintiéndose amenazados por la violencia caótica que caracterizó el período posterior a 1969 en Argentina (4) habían vuelto, antes del golpe de 1976, en forma ansiosa, a la consecución de sus propósitos privados.

En su obra C.C., Hirschman trata convincentemente los factores que parecen contar en los ciclos de (para usar términos que son equivalentes a los de Hirschman pero que son más apropiados para mis propósitos aquí) politización y privatización observables en muchos países. Como Hirschman indica en C.C., hay importantes diferencias en estos ciclos, dependiendo de si el contexto político general es o no democrático. Siguiendo esta distinción, podemos indicar que cuando los individuos optan por la privatización dentro de un contexto democrático, no lo hacen obsesionados por la posibilidad de llegar a ser victimizados por razones políticas. Además, en dichas circunstancias, el régimen y, en general, las normas que regulan los acontecimientos que ocurren en la esfera pública, permanecen inmutables; sólo se reduce la participación política por el vuelco de muchos individuos a la prosecución de sus intereses individuales. Por otra parte, cuando una nueva ola de politización ocurre, los costos en que eventualmente incurre cada individuo son aquellos resultantes de la nueva distribución que hace de su tiempo y esfuerzo. Algo muy diferente son los costos adicionales (y eventualmente mucho más importantes) que pueden resultar de las acciones de un gobierno determinado para prevenir y, si fuera necesario, reprimir tal repolitización. Como veremos, tanto C.C. como R.V.L. son útiles para estudiar algu-

(3) Ver esp. COLLIER, David, (ed.): *The New Authoritarianism in Latin America* (Princeton: Princeton University Press, 1979) (traducido al español por FCE, México).

(4) Estos procesos son analizados en O'DONNELL, Guillermo; *El Estado Burocrático Autoritario, Argentina 1966-1973*. (Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982: edición inglesa. The University of California Press).

nos procesos que ocurren bajo el régimen burocrático-autoritario, pero mayores especificaciones de las suposiciones contextuales de aquellas obras son necesarias: primero, dichos regímenes estuvieron comprometidos en la prevención de la repolitización de sus súbditos y dispuestos a aplicar una severa represión para lograr éste propósito; y segundo, aún viviendo vidas muy circunscritas a la esfera privada, muchos individuos tuvieron razones para temer represalias motivadas por la previa participación política en que pudieron estar implicados.

En tales situaciones, tanto en Argentina como en Chile y en Uruguay, muchas personas se decidieron por el exilio, algunas literalmente para salvar sus vidas, otras porque no pudieron tolerar el omnipresente clima de incertidumbre y temor. Pero muchos no tuvieron esa opción o pensaron que para ellos dicha posibilidad estaba cerrada. La principal alternativa abierta para ellos fue la antinomia de la voz, el silencio, mecanismo que no es discutido en detalle bajo las suposiciones contextuales de R.V.L. y C.C.

El silencio y, como veremos la "voz oblicua", constituyen, sin embargo, importantes alternativas cuando las opciones de retirada están cerradas, y uno está sujeto a un poder represivo (5).

Una situación tal como la que he bosquejado, supone una aguda reducción de la voz en al menos dos sentidos: primero, respecto de la clase y número de individuos que pueden dirigirse a los gobernantes sin serios riesgos personales, y segundo, en lo que tiene que ver con el contenido permisible, y estilo de cualquier voz cuya permanencia sea permitida. Observen que yo no me he referido al tipo de voz que Hirschman analiza en R.V.L., y en los trabajos publicados posteriormente en ensayos de penetración y supervisión de frontera. Esta voz está dirigida a la cumbre, por clientes o ciudadanos hacia gerentes o gobiernos. Esto es lo que llamaré "voz vertical". Este tipo de voz es por cierto crucial, pero sostendré que existe otro tipo de voz, que no es menos importante, y aún más importante en algunos sentidos, puesto que es una condición necesaria para el ejercicio de la voz vertical. Llamaré "horizontal" este otro tipo de voz.

En un contexto democrático, suponemos que tenemos el derecho a dirigirnos a otros, sin temor a sanciones, sobre la base de la creencia que los otros son "como yo" en alguna dimensión que yo, al menos, considero importante. Si nos reconocemos a nosotros mismos como un "nosotros", (por ejemplo como trabajadores que tenemos el derecho a sindicalizarnos), hemos dado un paso necesario, y en ocasiones suficiente, hacia la formación de una identidad colectiva. Tal identidad supone no solamente que compartimos algunas ideas básicas (a menudo borrosas) acerca de lo que nos hace un "nosotros", sino también que compartimos algún

(5) Para un argumento similar, LAPONCE, Jean "Hirschman's Voice and Exit Model as a Spatial Archetype", in *Social Science Information* 13 N° 3 (June 1974) 67-81.

ideal y/o intereses materiales, cuya prosecución supuestamente guiará nuestra acción colectiva. Cuando me dirijo a otros, u otros se dirigen a mí, pretendiendo que compartimos algunas características relevantes, en ese caso, estoy usando una voz horizontal.

La voz horizontal puede o no conducir al uso de la voz vertical. Existen entidades colectivas que no están interesadas en dirigirse a aquellos que ocupan puestos "en el poder".

Por su parte, la voz vertical puede ser individual, como cuando un cliente escribe a la gerencia, o un ciudadano a un miembro del parlamento, o cuando un empresario disfruta de un acceso directo a una institución pública. Esta puede ser el modo usual de voz vertical en organizaciones de negocios, pero en política, particularmente en política democrática, el modo más importante de voz vertical es colectivo. La voz colectiva es a veces usada directamente, tal como ocurre cuando una suma de individuos se reúnen en la calle para expresar sus agravios. Pero el modo más frecuente de voz colectiva vertical es indirecta, particularmente en el mundo contemporáneo densamente organizado: ej., cuando algunos individuos se dirigen a las autoridades, con la pretensión de hacerlo en representación de una constelación de individuos razonablemente determinable.

Ya sea que los modos de expresión sean directos o indirectos, la voz colectiva vertical, al menos si tiene una razonable esperanza de ser oída, debe estar basada en la existencia plausible de una constelación de individuos, cuyos ideales e intereses invoca. Ello significa por lo común que algunos procesos de formación de identidad colectiva se han producido. La voz horizontal es uno de los mecanismos que conducen a la formación de identidad de este género. Ciertamente las identidades colectivas pueden ser creadas o reproducidas por el discurso que dirigen a sus súbditos, aquellos que se encuentran en la cúspide. Pero la posibilidad de usar una voz horizontal sin serias restricciones o peligros es un rasgo constitutivo de un contexto democrático (o más genéricamente, no represivo). La voz horizontal es una condición necesaria para la existencia del tipo de voz colectiva razonablemente autónoma de aquellos que están en la cumbre. Ello por otra parte, constituye una condición necesaria para la existencia de un contexto democrático.

Observen que yo me estoy refiriendo a todos los tipos de comunicación social. Aunque las fronteras analíticas son borrosas, aquí yo quiero confinar a las entidades colectivas que son políticas en un sentido restringido: aquellas que, en alguna forma, quieren dirigirse a las autoridades gubernamentales existentes, o aquellas que, por cualquier razón, quieren cambiar aquellas autoridades. Un caso importante (importante al menos con respecto a la intensidad con la cual es probable que sea sen-

(6) HIRSCHMAN, Albert, *Essay in Trespassing Economics to Politics and Beyond* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981) Traducido al español por FCE, México.

tida) de identidad política colectiva es la de aquellos que se oponen a un régimen represivo, los cuales aunque puedan estar en desacuerdo en otros aspectos, convergen en el propósito común de poner término al régimen. Yo sostendré que este tipo de situación demuestra la importancia de la voz horizontal, y consecuentemente, la conveniencia de extender el marco de trabajo de Hirschman para incluir el anterior.

III

Ahora debo contar una historia de la cual he dado mayores detalles en trabajos recientes (8). El origen de esta historia, radica en que por razones que no interesan aquí, elegí permanecer en Argentina después del golpe de 1976 hasta Diciembre de 1979, esto es, durante los años más represivos de un régimen muy represivo. En 1978, mi esposa Cecilia Galli y yo, decidimos investigar, en otras personas, el temor que muchos de nosotros tuvimos de ser secuestrados, torturados y muertos por razones políticas. Nosotros teníamos la esperanza de encontrar la fuerte oposición al régimen que suponíamos muchos escondían detrás de una vida muy circunscrita a la esfera privada. De esta forma, emprendimos la tarea de entrevistar tantas personas como pudimos; en esta tarea tratamos solamente con personas que conocíamos con anterioridad, o con aquellas que se habían relacionado con nosotros por entrevistas previas que podían razonablemente garantizarles a ellos (y a nosotros) que ni ellos ni nosotros éramos informantes de la policía. El resultado fue seguramente la muestra menos representativa en la historia de las ciencias sociales. En suma, mantuvimos algo así como un diario etnográfico. En él registramos muchos eventos en los cuales, inspirados tanto por nuestro entrenamiento profesional como por la paranoia que desarrollamos bajo tales condiciones, vimos temor omnipresente e incertidumbre. Además, ayudados por un mundo que llegó a ser más machista que nunca, como también por el acento extranjero de Cecilia (ella es brasileña), nos fue posible hacer, al tipo múltiple de persona que no encuentra en una gran ciudad como Buenos Aires, algunas preguntas "ingenuas" acerca del régimen y de los cambios en sus vidas después de marzo de 1976.

Estos son los limitados y sesgados datos que nuestra conducta neurótica nos condujo a reunir, (solamente después de dejar Argentina nos dimos cuenta que hacer obsesivamente lo que estábamos entrenados para hacer, fue nuestra forma de remover y, en alguna forma, de exorcir-

(7) En este punto PIZZORNO, Alessandro, "Political Exchange and Collective Identity in Industrial Conflict" in Colin Crouch and Alessandro Pizzorno, (eds.) *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe since 1968* (London: Macmillan Press, 1978) Vol. 2, 277-97.

(8) O'DONNELL, Guillermo, "Democracia en la Argentina: Micro y Macro" in OSZLAK, Oscar (ed.): *Proceso Crisis y Transición Democrática* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984, Vol. I, 13-30).

sar nuestro propio temor. Pero puesto que dudo que bajo similares circunstancias alguien podría hacer algo mejor que eso, haré uso de esta investigación para ilustrar los argumentos que siguen.

Primero, se necesita de algún mínimo conocimiento para aquellos que no estén familiarizados con la historia contemporánea Argentina. Por lo menos desde 1969, los argentinos nos infligimos a nosotros mismos una violencia extraordinariamente omnipresente y caótica, en medio de la cual diversas "agencias de seguridad pública", así llamadas, grupos de guerrilla, y bandas organizadas por algunos sindicatos y grupos de negocios, se mataron unos a otros, y también dieron muerte a personas desarmadas; el hecho evidente fue que nadie, casi literalmente, se podía sentirse a salvo de la violencia; las manifestaciones públicas masivas y recurrentes, a menudo violentas, que expresaron y reforzaron una amplia participación en las industrias, colegios, y en las calles; una crisis económica que se puede sintetizar anotando que de acuerdo a precios oficiales (artificiales bajos), en los meses anteriores al golpe de marzo de 1976, la inflación corrió cerca de 1.200% por año; y un gobierno, el de Isabel Perón, cuya irracionalidad y talento para lo grotesco, solamente la imaginación de García Márquez, Carpentier y Roa Bastos habían soñado.

Entonces tuvo lugar el golpe de 1976. Por razones que no puedo discutir aquí, que son en parte (pero solamente en parte) justificadas por lo que ya he descrito, el régimen implantado por el golpe fue evidentemente terrorista. No sólo aplicó una severa y cruel represión a muchos individuos, sino que lo hizo en forma descentralizada, ampliamente impredecible, y usualmente clandestina. Que esto fue así es suficientemente conocido hoy día, por lo que no necesito entrar en detalles aquí. Sólo debo enfatizar que los riesgos fueron tan altos como difíciles de medir; casi cualquier persona (debido a que él o ella conocieron a alguien a quien alguna agencia represiva tuvo bajo sospecha de "subversivo"), pudo ser secuestrado, torturado, y muerto, sin siquiera conocer "las razones". Además, puesto que para mantener su naturaleza terrorista, el régimen rehusó emitir normas claras acerca de lo que era o no castigable, fue prácticamente imposible sentirse a salvo; en nuestros melancólicos encuentros con amigos chilenos y uruguayos nuestra envidia iba dirigida no ya a un menor grado de represión de sus respectivos regímenes, sino a su carácter más burocratizado y, por ende, más predecible.

IV

Hubo sin embargo, una importante prohibición que fue clara, no porque alguien decidiera hacerla explícita, sino por que es inherente a la naturaleza misma del régimen represivo, profundamente autoritario, no sólo a nivel del estado nacional, sino también como una lógica que resuena a través de todos los contextos sociales, hasta los niveles más intrascendentes. Esa lógica consiste en que, ocasionalmente, uno pue-

de dirigirse a los gobernantes sobre algunos problemas, en las formas que ellos determinen, y que pueden modificar a su antojo: pero lo que uno nunca debe hacer es dirigirse a otros súbditos de los gobernantes, en términos de las condiciones compartidas como súbditos. Esta es la lógica del *divide et impera*, no constituye solamente una estrategia útil para maximizar el poder, por el contrario se yergue como lo que es central en la dominación autoritaria, expresada desnuda y explícitamente en sus límites más represivos.

De acuerdo con esto, durante aquellos años, en mi país, con algunos riesgos y escasas oportunidades de éxito, uno pudo pensar en usar algunas voces verticales, (esto es, "hacer peticiones muy respetuosas a las autoridades "sobre algunos problemas completamente despolitizados), pero lo que pudo significar casi la muerte fue cualquier intento de usar la voz horizontal. Los individuos tenían que estar aislados, súbditos obedientes del régimen, felices de dedicarse a la prosecución de sus propósitos privados, trabajo y familia, evitando el peligroso mundo de los asuntos públicos, los cuales, de acuerdo a los gobernantes, estaban bien cuidados. Cualquier intento de mantener vivas identidades colectivas anteriores (tales como aquéllas de los miembros de un partido político, o trabajadores que habían conquistado ciertos derechos, o estudiantes que podían hacer preguntas) era un signo seguro de "contaminación subversiva". Aún actividades aparentemente inocuas (tal como formar parte de un grupo de música o teatro, o la participación en un grupo de estudio de cualquier tema, o simplemente unirse a personas para conversar en la calle) eran sospechosas y por lo tanto, peligrosas (9). Juntarse en las múltiples formas de sociabilidad que uno da por sentadas en contextos más benignos, era sospechosa por el hecho de significar una reunión.

Puesto que era potencialmente aún más subversivo dirigirse a personas relevantes más allá de una relación cara a cara, (por mecanismos perversos que no es la ocasión narrar aquí) los medios de comunicación fueron estrictamente controlados. Este control no se ejerció solamente con respecto a mensajes políticos formulados abiertamente, que de cualquier forma, nadie excepto los gobernantes, y sus propagandistas se hubieran atrevido a comunicar a través de los medios. Los controles también se aplicaron a un lingüista al servicio del régimen que le dijo a un director de teatro que nosotros entrevistamos mensajes que siendo aparentemente apolíticos, pudieran provocar series semánticas de potencial subversivo.

(9) Aun incluso llegó a ser peligroso participar en grupos de terapia psicológica: los represores pronto descubrieron que si eran presionados adecuadamente o torturados, los miembros de dichos grupos constituían excelentes informantes acerca de cualquier otro miembro de quien los primeros sospechaban. Muchos psicólogos y psicoanalistas dejaron de trabajar con grupos. Como a menudo ocurre, esta alta incertidumbre y riesgo ha sido mejor expresada en obras literarias, ver por ejemplo, CONSTANTINI, Huberto: *De Dioses Hombrecitos y Policías* (Buenos Aires: Editorial Bruguera, 1984).

No es necesario decir que los intentos para extender un reconocimiento mutuo como oponentes del régimen un tipo crucial de voz horizontal, eran especialmente peligroso. Veremos, sin embargo, que este tipo de voz no fue totalmente suprimida, y sostendré, más adelante, que, en contraste con lo que un régimen represivo puede hacer con la voz vertical, al menos por un tiempo, ni aún el régimen más eficientemente terrorista, puede suprimir nunca completamente la voz horizontal. Pero antes de formular este argumento, debemos emprender una digresión.

V

Aunque no puedo hacer un informe detallado sobre nuestra investigación aquí (esta es la materia de un libro que hasta ahora no he podido escribir), puedo mencionar algunos descubrimientos interesantes. Encontramos, por cierto, temor en nuestras entrevistas, reprimidos o desplazados hacia otros objetos. En muchos casos esta fue una importante, aunque precaria victoria del régimen. Pese a que en la segunda mitad de nuestras entrevistas, algunas personas empezaron a comunicarnos un profundo sentimiento de pérdida por sentir que sus vidas estaban muy circunscritas al ámbito privado, muchos estuvieron de acuerdo con los mensajes con los cuales el régimen los bombardeaba cada día.

Primero, nada pudo ser peor que el caos generalizado del período precedente; aún el peculiar "orden" que el régimen ofrecía, un orden en el cual la violencia venía solamente desde un lado, el suyo era preferible el caos anterior. Segundo, en las raíces de los problemas del país estaba la "demagogia irresponsable" y las fáciles oportunidades ofrecidas a la "subversión" que habían caracterizado la extendida politización del período anterior al golpe. Tercero, la economía parecía estar bajo control, aún a costa de una brutal redistribución de los ingresos. Cuarto, el deber de todo buen argentino, era trabajar duro y disfrutar los beneficios de la prometedora "modernización económica" del país cuidando que el siempre presente riesgo de la subversión no levantara de nuevo cabeza en la familia, colegio, en el lugar de trabajo y en las calles.

En otras palabras, la represión que el régimen aplicó para lograr la despolitización de sus súbditos, fue exitosa por algún tiempo. El éxito de la represión no sólo radicó en el temor surgido entre aquéllos que estuvieron de acuerdo con él, sino también, al menos en nuestra muestra, en el hecho que muchos que aún antes de la emergencia del régimen, estuvieran alejándose del polo politizado del ciclo Hirschmaniano de implicaciones. En las palabras que repetían a menudo los entrevistados, el período anterior había sido "demasiado", años locos en los cuales ellos habían sido "intoxicados" con política, período en el cual habían creído y a veces hecho cosas que todavía pendían peligrosamente en sus vidas. Así, aunque, como fue mencionado, después de hablar un

rato con nosotros, algunos reconocieron tristemente que algo importante se había perdido, en el vuelco hacia sus vidas profundamente privatizadas, aquellos que respondieron sentían que habían llegado a ser "más realistas y maduros". Después de todo, la vida se definía, de acuerdo a los criterios predominantes de la época, en términos de la familia, trabajo, y eventualmente, con suerte, la compra de baratijas importadas en el régimen en aquel tiempo utilizó como "*panem*" para sus súbditos.

El circo fue un evento de un solo acto: la experiencia vicaria (será prácticamente unánime de participación política aséptica (aunque extática), manipuladas por el régimen, tras la victoria del equipo argentino en la copa mundial de fútbol de 1978.

Además, muchos de los entrevistados, parecían estar tan de acuerdo con las prohibiciones del régimen antes mencionadas, que declararon que, por razones difíciles de articular en la mayoría de los casos, había reducido también drásticamente otras formas de sociabilidad apolítica. Pero aquellas razones llegaron a ser claras cuando hablaron acerca de sus niños, o cuando entrevistamos psicólogos y psicoanalista de adolescentes. Cualquiera forma de sociabilidad que no pudiera ser controlada por la familia o por el colegio (instituciones que, por supuesto, llegaron a ser más autoritarias que nunca era inherentemente peligrosa: "malas influencias" podían operar o, si ese no fuese el caso, el hijo o la hija podrían ser vinculados a alguien que el gobierno (más bien los diversos grupos que secuestraban y/o mataban como parte de la estrategia terrorista del régimen) podían, en cualquier momento sin posibilidad de apelación, definir como "subversivo".

Estos datos tienen muchas implicaciones tanto políticas como psicológicas que no puedo tratar, pero tengo la esperanza que el argumento subyacente de esta sección sea plausible: que puede ser ilógico pero no existencialmente imposible que aquellos individuos sintieran dos cosas completamente distintas al mismo tiempo. Por un lado, estaban de acuerdo con el régimen en la necesidad de que deberían vivir vidas completamente privadas, debiendo hacer lo que estaba a su alcance para impedir que los miembros de su familia trasgredieran esa norma. Por el otro, ante nivel menos inmediatamente conciente, sentían algo de lo que solo pudieran darse cuenta, que como algunos lo expresaron, al hablar con nosotros acerca de algunos problemas públicos que habían estado luchando por ignorar: que por privatizar sus vidas tan completamente, habían perdido algo muy importante. Parecían sentir como si se les hubiera amputado una dimensión de sus vidas, y que ésta pérdida radicaba en la supresión de sus derechos ciudadanos, sino que constituía, algo que los empobreció en una dimensión muy íntima. Así, muchos de nuestros entrevistados, al menos al nivel de sus creencias superficiales, estuvieron de acuerdo con el régimen acerca de la definición de un "buen Argentino": medio tiempo como homo economicus, medio tiempo celoso y autoritario padre, y todo el tiempo un obediente súbdito de los poderes amenazantes.

El C.C. y otras obras Hirschman, en una sólida crítica de las usuales suposiciones de la teoría económica acerca de las preferencias individuales, formula el argumento ilustrado entre otras maneras, por los vuelcos entre compromisos públicos y privados, que los hombres y mujeres tienen la habilidad de dar un paso atrás renunciando a sus necesidades, gustos y preferencias "reveladas" y consiguientemente formar metapreferencias que pueden diferir de las propias preferencias (10). El hecho que muchos de nuestros entrevistados se comportaran como le he descrito pero que, al mismo tiempo, sintieran una profunda pérdida, apoya el argumento de Hirschman. Nuestras entrevistas sugieren que, al menos en culturas que comparten una raíz común en la clásica Grecia, la idea que muchos de nosotros tenemos de un individuo armónicamente desarrollado, que se autoestime informe adecuadamente incluye tanto una activa vida pública, como un intenso involucramiento en asuntos privados. Pero no podemos involucrarnos en ambos ámbitos, en el grado que nuestra más o menos conciente imagen normativa requiere. Así tendemos a cambiar de un tipo de compromiso a otro, de manera que, cuando escogemos un tipo de involucramiento, prefiriéndolo al otro, (y hemos revestido tal elección con el extraordinario talento que tenemos para darnos a nosotros mismos buenas razones para justificar nuestra elección), a un nivel menos conciente podemos sentir nostalgias por aquel "otro mundo" que, al menos en el presente, hemos abandonado. Angst, omnipotencia, negación de la muerte, hubris, e innumerables términos relacionados, muestran a un animal mucho más inherentemente insatisfecho y tenso, que al elector entre dos o más preferencias que nos presentan la corriente principal de la economía, y en gran medida la ciencia política.

La connotación negativa que en nuestras culturas evocan las personas que dan la impresión de estar enteramente dedicadas a asuntos públicos o a los privados, sugieren que la interacción entre los impulsos públicos y privados puede producir una tensión imposible de resolver. Como un hombre enteramente público (por no decir nada acerca de la "mujer pública", como recuerda Hirschman en C.C., ese eufemismo para la prostitución que en el sentido que estoy discutiendo aquí, no es demasiado diferente de la connotación de un hombre "excesivamente público") es sospechoso de no tener nada detrás de la máscara que usa, sólo poca profundidad, "vacuidad deshumanizada". A ello puede deberse que los hombres más extremadamente públicos, los políticos, encuentran útil mostrar que pese a sus pesadas obligaciones públicas, tienen una hermosa e intensa vida familiar. Por otra parte, una persona enteramente dedicada a sus asuntos privados (masculina, porque se supone que las mujeres están dedicadas a los asuntos privados, lo que hace que en un importante sentido sean consideradas "menos que los hom-

(10) HIRSCHMAN, Albert, "Against Parsimony: Three Easy Ways of Complicating Some Categories of Economic Discourse" in *American Economic Review* 74 (2) Mayo 1984.

bres") hace surgir connotaciones de egoísmo, estrechez, de una vida "demasiado pequeña" y sin propósitos dignos. Aquí puede residir estar la razón por la cual algunas personas ricas se sienten obligadas a mostrar sus conciencias públicas, cuando han tenido éxito en el logro de sus propósitos privados de ganar dinero. De una forma u otra, el lenguaje que nosotros usamos, tanto como los innumerables retratos que la imaginación literaria ha sacado de las múltiples variaciones de estos arquetipos, expresan el sentimiento que una persona excesivamente inmersa en una vida pública o privada, es menos que "totalmente" o "verdaderamente" humana.

Si, como estoy sugiriendo, un vuelco hacia una vida muy politizada o muy privatizada, es profundamente conflictivo y conduce a sentimientos de culpabilidad que son usualmente reprimidos de nuestra conciencia, se sigue que la fuerza de los "efectos de rechazo", de los compromisos privados y públicos que C.C. discute, es dependiente de la situación contextual general. En un marco democrático, la decisión de vivir una vida muy privada es, en principio, libre: sí, después, yo decido comprometerme políticamente y entonces miro negativamente a mi período "excesivamente privatizado", a menos que me neurotice agudamente, no puedo sino criticarme a mí mismo. La situación es diferente en contextos represivos. Como vimos, nuestros entrevistados estaban viviendo vidas extremadamente privatizadas por razones más complejas que la aplicación de la coerción, por el gobierno. Pero cuando, como veremos, un nuevo ciclo de politización ocurrió, esas personas pudieron proyectar sobre un objeto obvio toda la culpa de lo que ahora reconocían como profundas pérdidas sufridas durante el período recién vivido. Ese objeto obvio fue el régimen autoritario. La disponibilidad de un blanco externo de esta índole (y, por supuesto, en muchos sentidos muy apropiadamente) eximió a aquellas personas de la autocritica y así desencadenaron la total intensidad de sus sentimientos de culpa y agravios contra el régimen autoritario. Ello se debe a que esto es, porque los "efectos de rebote" de Hirschman son probablemente más fuertes cuando ocurre un ciclo politizado, después de un período de privatización respaldado por un poder represivo. Este efecto de rebote fortalecido, aún si no es particularmente útil en términos de autoconocimiento de los individuos interesados, es un arma poderosa contra la dominación autoritaria. A través de ésta, nosotros podemos entender otro tema a menudo abordado por la imaginación autoritaria, donde aquellos que han luchado contra éste son los más serenos, mientras que los que han estado pasivos, o en algunos sentidos colaboraron son los más crueles y vengativos. Pero para que este efecto ampliado de rebote ocurra, algunas voces horizontales deben reaparecer. Este tema nos ocupará en las páginas siguientes.

VI

Las observaciones de la sección precedente se pueden poner ahora en forma diferente: en sus límites, la lógica de la dominación autoritaria tiende a ejercer total control de las identidades colectivas de sujetos (como vimos en nuestro caso, la constelación de atributos connotados por la idea de "un buen argentino"). Esta es una estructura monológica: aquellos en la cúspide se dirigen a sus súbditos y permiten una muy pequeña y estrictamente controlada voz vertical, prohibiendo además la estructura dialógica que supone la voz horizontal. Esto da como resultado no solamente la supresión de las dimensiones específicamente públicas de los sujetos, sino también una severa pérdida de su sociabilidad. Los temas de la soledad, de la frialdad como opuesta a la calidez de una espontánea sociabilidad, y de la obscuridad como la expresión de las dificultades de conocimiento que resultan de la supresión de la mayoría de los canales de comunicación libre, son recurrentes en la literatura, la psicología y la historia (como eran en nuestros propios sentimientos, y en aquellos transmitidos a nosotros por los entrevistados como representación de la experiencia de la dominación represiva. El niño en la familia autoritaria debe escuchar y no puede hablar. Dicho niño no puede saber qué es bueno para él y mucho menos para los otros: se le debe decir quién es él; con quién y cómo él debería identificarse, y por qué hacerlo.

En un estado nación (como, supongo, en muchas organizaciones) la eliminación de la voz horizontal tiene algunas consecuencias cruciales. Primero, es una condición suficiente para una notable decadencia de la voz vertical. Aún si un régimen autoritario dejara sin obstruir los preexistentes canales para el uso de la voz vertical, la supresión de la voz horizontal, supone que esta información que llega hasta la cúspide, consiste exclusivamente en mensajes individuales, y en cierto sentido perversamente privatizados.

Esto significa que la voz colectiva vertical (que, como vimos, presupone identidades colectivas, que a su vez presuponen el uso de la voz horizontal) es suprimida. Además, la supresión de la voz horizontal significa que aquellos sectores sociales cuyos medios de expresión no puedan ser sino colectivos, son condenados al silencio; consecuentemente, al descender la escala de estratificación social, se observa un profundo silencio impuesto por el régimen.

Así, cualquier voz vertical que sobreviva es drásticamente disminuida y sesgada. Una segunda consecuencia radica en el hecho dado que todas las fuentes de identidad colectiva no monopolizadas por los gobernantes autoritarios están prohibidas, surgen demandas extraordinariamente celosas en otro tema de R.V.I.: La lealtad, en este caso la debida a la identidad colectiva que los gobernantes desean imponer.

Esta es una demanda celosa porque pretende excluir a todos los otros, y así define a contrario la más de las categorías en que uno pue-

da ser colocado por el grupo que comprende desde los regímenes —represivos hasta las pandillas callejeras: aquellos que no "merecen verdaderamente" ser considerados miembros de la sociedad. Una tercera consecuencia es que, cuanto más represivo sea un régimen, más exclusivo y paranoico llega a ser hacia las fuentes de voz autónoma. La clausura de la información potencialmente relevante supone la falta de los "mecanismos correctivos" discutidos en R.V.L. (11), y en límite, es equivalente a la definición clínica de la locura— esto se debe a que estos sistemas son propensos al desastre como fue magníficamente ilustrado por el fiasco de las Malvinas / Falkland del régimen argentino.

Otra consecuencia de la eliminación de la voz horizontal, ya sugerida, tiene que ver con los sujetos de la dominación represiva; la vida atomizada que están forzados a llevar, la extrema privatización de sus intereses, y la cautela y desconfianza con la que se deben aproximar a las pocas ocasiones de sociabilidad existentes. Estas restricciones suponen un agudo empobrecimiento, como mostraron nuestras entrevistas y observaciones en Argentina, aún de la dimensión de vida humana muy personal y en nada política. Como la investigación en cultura política muestra, en todos los países hay muchos que nunca usan la voz vertical que probablemente no sienten las tensiones entre lo público y lo privado discutidas más arriba, y a pesar de esto, pueden ser felices como seres humanos. Pero la vida con una severa represión de la voz horizontal es evidentemente horrible. Si yo no he llegado a ser un perfecto idiota, y si tengo opiniones acerca de la política y la economía de mi país, necesito a otros que, aunque estén en desacuerdo, confirmen que mis opiniones y creencias no son insensatas. Sin la raíz emocional y de conocimiento que tales comunicaciones proveen a mis identidades personal y social, las suposiciones acerca de lo que es real y valioso pueden entrar en un flujo de permanente cambio. Aparte de la desintegración psicológica del individuo de la cual nuestras entrevistas con varios tipos de terapeutas psicólogos dio triste y extensa evidencia, la tendencia resultante converge con los propósitos del régimen autoritario: refugiarse en una vida extremadamente privatizada, "olvidando" el "mundo exterior", peligroso e incierto. Por otra parte, en tal situación, uno a pesar de todo trata de usar la voz horizontal, sucediendo algunos fenómenos interesantes. Esto nos ocupará en la siguiente sección.

VII

Es concebible que un régimen extremadamente represivo pudiera, al menos por un tiempo, suprimir enteramente la voz vertical. Pero la peculiaridad de lo que ocurre con la voz horizontal es que, aunque un

(11) La tendencia de los regímenes autoritarios a cerrarse a información crucial, y las consiguientes consecuencias destructivas de tal actitud son sólidamente discutidas en APTER, David, *Choice and the Politics of Allocation* (New Haven: Yale University Press, 1973).

régimen represivo podría acercarse a suprimirla o controlarla, nunca lo lograría completamente. No solamente a través de mi experiencia personal en Argentina, sino también en un estudio comparativo de dominaciones autoritarias (12), que emprendí con un grupo de colegas descubrimos que la importancia de lo que llamaré "voz oblicua" llegó a ser evidente.

Esta es un tipo particular de voz horizontal que pretende ser entendida por "otros como yo", que comparten conmigo la oposición a un régimen autoritario, y espera, al mismo tiempo, no ser percibida por los agentes del régimen. Después del golpe de marzo de 1976, no hubo mucha voz horizontal en Argentina, pero hubo la suficiente como para no caer en la desesperación. Ciertas formas no convencionales de vestirse (ligeramente, no hubo espacio para más que para eso), aplaudir con excesivo entusiasmo frente a las autoridades, públicas, concurrir a recitales de cantantes o músicos que se sabía que estaban en desacuerdo con el régimen, algunas rápidas miradas en las calles y otros lugares públicos, eran algunas de las formas con las cuales, en ésta fértil área de la imaginación humana, uno podrá reconocer y ser reconocido por otros, como opositor al régimen. Hay que hacer notar que tales señales, no pretendían tener otras consecuencias conductuales, a diferencia de los que pueden intercambiar como los miembros de algún movimiento de resistencia listos a entrar en acción.

Observen también que no hubo recompensas instrumentales esperadas, y que la voz oblicua siempre supuso algún grado de riesgo. Pero estas señales tuvieron una gran importancia emocional y de conocimiento, como una forma de reconocer que uno no estaba enteramente solo en su oposición al régimen. Este fue el límite imposible de traspasar de la violencia del régimen, ese residuo de voz oblicua, no verbal, horizontal, que uno podía ejercer cuando todas las otras formas de voz habían sido suprimidas. Como Hirschman observa en C.C., y en otras obras (13), Hay algunas actividades que se gratifican por el solo hecho de ser emprendidas; esta es la razón por la cual algunas formas y momentos de participación política no pueden ser reducidos a un cálculo utilitario, ni pueden, en consecuencia, estar sujetos al problema del "free-rider". Esto es sugerido por la voz oblicua, ese irreductible centro de compromiso político; al ejercerlo se obtiene la crucial gratificación cognitiva de confirmar una identidad colectiva compartida, y también el no menos crucial beneficio emocional de afirmar el propio autorrespeto como el un

(12) O'DONNELL, Guillermo, SCHMITTER, Phillippe and WHEHEAD, Laurence (eds.). *Transitions from Authoritarian Rule: Latin America and Southern Europe* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1986-4 vols). Estos procesos son discutidos en la obra de O'DONNELL, Guillermo, SCHMITTER, Philippe, "Political Life after Authoritarian Rule: Tentative conclusions about Uncertain Transitions" Vol. IV de *Transitions*...

(13) Esp. "Against Parsimony: Three Easy ways ed. Complicating Some Categories of Economic Discourse".

"no idiotas". Observen, finalmente, que aunque la voz oblicua sea practicada en un contexto aparentemente despolitizado, tiene una referencia intrínseca a un compromiso muy público. Es esta capacidad de vincular lo más personal con lo más público, no sólo la oblicua sino también a todos los tipos de voz horizontal, que la hace tan importante políticamente.

Este argumento puede ser ilustrado más ampliamente a contrario con otro fragmento de historia que empecé a narrar más arriba. Yo estaba viviendo en Brasil, cuando el gobierno argentino invadió las islas Malvinas / Falkland. Tan pronto como sucedió, sentí un fuerte impulso a viajar a Buenos Aires, con la esperanza de encontrar otros que compartieran mi incondicional rechazo a aquella aventura, y a la guerra que se podía predecir provocaría. Pero tuve una gran pena al encontrar que una abrumadora mayoría de mis conocidos incluyendo muchos de aquellos que se oponían al régimen, apoyaban con entusiasmo la invasión y, más tarde, la guerra. "Antes que nada somos argentinos", fue el argumento que escuché *ad nauseam*. Hasta que ocurrió la espantosa derrota, el régimen tuvo un enorme éxito en establecer una identidad colectiva hipernacionalista, que prácticamente borró todas las otras. Aún la voz oblicua casi desapareció, y se decía que se trataba de "ayudar al país", de ganar la guerra. Esto me condujo a una dolorosa discusión en la cual, aún los opositores al régimen me acusaron de "pensar como un extranjero", e incluso de cosas peores. Las más bien solitarias reflexiones con las cuales traté de mantener mis opiniones y valores, no fueron suficientes, ni aún cuando reconocí en mí mismo un conocido problema psicológico: la inmensa dificultad de mantener valores y aún opiniones sobre hechos elementales, cuando la mayor parte de la interacción social los refuta. Había sido muy fácil hacerlo antes de la guerra, cuando aún existían algunas voces oblicuas. Pero llegó a ser inmensamente difícil, cuando la voz oblicua fue prácticamente eliminada durante aquellos terribles días. Entonces encarado con los argumentos de la mayoría de las personas relevantes, que me decían que yo interpretaba todo mal, me dí cuenta que estaba perdiendo el apoyo social, cognitivo y afectivo necesario para mantener las opiniones y valores básicos (15); discernir en-

(14) Como veremos más abajo, esta es la razón por la cual la crítica de Brian Barry an *Exit, Voice and Loyalty* respecto de la incapacidad de ésta obra de tomar en cuenta el "free riding" y sus consecuencias para la acción política, no da en el blanco al menos con respecto a algunas a menudo muy importantes formas de acción colectiva; BARRY, Brian, Review Article: "Exit, Voice and Loyalty", in *British Journal of Political Science* (4 Febrero 1974) 70-107. Por supuesto la referencia a "free riding" es el locus classicus de OLSON, Mancur: *The Logic of Collective Action* (Cambridge: Harvard University Press 1965).

(15) Algunos lectores pueden encontrar interesante saber que en aquellas circunstancias me ayudó el recordar el clásico experimento de S.E. Asch que me había fascinado cuando estudiaba en la Escuela de Graduados. Ver S.E. Asch "Effects of Group Pressure on the Modification and Distortion of Judgment" Primera impresión en H. S. Guetzkow, (ed.): *Groups Leadership and Men: Research in Human*

tre lo que era o no era real se tornó dudoso. Después, charlando con personas que habían compartido mis puntos de vista durante aquellos días, me dijeron que ellos habían sufrido similares problemas, alguno de ellos habían terminado por apoyar la guerra. (Mi propia parte de la historia es que, desesperado en medio de aquellos sucesos viajé a Brasil, en conducta de huida, donde aún en profunda polémica con mis compañeros argentinos, encontré una interacciones de apoyo suficientes, como para permitir mantener mis opiniones y valores).

VIII

Como es sabido, la aventura Malvinas / Falkland terminó en una completa derota de las tropas argentinas. Pronto llegó a ser evidente a la población que el gobierno había mentido de manera escandalosa acerca del desarrollo de la guerra, y que la conducta de muchos oficiales de las fuerzas armadas había sido extraordinariamente inepta y cobarde. El régimen entró así en colapso, erosionado por sus conflictos internos y recriminaciones, y empujados por la ira, con todo lo cual muchos pidieron una rápida redemocratización. Las atrocidades, que el régimen había cometido en los años previos, comenzaron a exponerse públicamente, conjuntamente con la abismal corrupción de la mayoría de quienes habían participado en el gobierno. Estos hechos que muchos se habían negado a reconocer, o habían justificado recientemente, alimentó aún más la indignación moral, con lo cual la mayoría de los argentinos se encontró repentinamente de acuerdo en sus demandas de democratización.

Aunque las circunstancias ocurridas en Argentina, hicieron este proceso particularmente rápido e intenso, en el estudio ya mencionado sobre transición desde la dominación autoritaria, encontramos que esta "resurrección de la sociedad civil", como Schmitter y yo la llamamos (16) es algo típico. En algunos momentos y por razones demasiado variadas para ser discutidas aquí, muchos individuos que anteriormente habían sido pasivos, despolitizados, conformistas, o simplemente, demasiado temerosos para hacer algo convergieron en una demanda ampliamente compartida y a menudo atrevida, para poner término a la dominación autoritaria. Ya sea que tuvieran o no éxito en el logro de las metas, la convergencia fue un poderoso impulso en la transición.

Como sugerí más arriba, el mecanismo que conduce a esta para los actores, al menos, son más complejos que la mera existencia, bajo la égida del autoritarismo, de muchos individuos que voluntariamente esconden su posición hasta que la situación llega a estar madura para la acción. Indudablemente existen tales individuos pero, si la elección que surge

Relations (Pittsburgh: Carnegie Press 1951); reimpresso en H. Proshansky and B. Scidenberg (eds.): *Basic Studies in Social Psychology* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1965) 393-401.

(16) O'DONNELL, Guillermo, SCHMITTER, Philippe y WHITEHEAD, Lawrence; *Transitions...*, citado.

del caso argentino tiene algún valor, también hay muchos que están en el mejor de los casos políticamente pasivos o indiferentes durante ese período pero que cuando las condiciones contextuales comienzan a cambiar totalmente, en forma repentina, se politizan en oposición determinada al régimen autoritario. Cuando el régimen en Argentina ya estaba en colapso, en una maniobra bastante perversa, con el pretexto de haber perdido la transcripción de las entrevistas que habíamos hecho anteriormente, y de necesitar su colaboración para reconstruirlas, volvimos a entrevistar a algunos de los individuos más despolitizados y conformistas de nuestra muestra. En la segunda ocasión, la mayoría de los que volvían a ser entrevistados hervían de ira contra el régimen, las fuerzas armadas, su conducta en la guerra, y las atrocidades que habían cometido en el país. Además, algunos de los entrevistados habían vuelto a ser políticamente activos. Todos "recordaban" lo que nos habían dicho antes en una forma que contrastaba agudamente con lo que realmente nos habían dicho. Estaban equivocados, pero eran evidentemente sinceros, como lo habían sido antes, al decirnos en las re-entrevistas, que siempre se habían opuesto fuertemente al régimen, y que nunca habían aceptado sus mandatos.

En las primeras entrevistas, los encuestados habían dado respuestas afligidas a las pruebas que les dábamos en lo referente a los secuestros, torturas y asesinatos que continuaban: éstos eran solamente "rumores", o "exageraciones" y, en cualquier caso, "deben haber alguna razón" para que algunas personas fuesen castigadas en esa forma. El rechazo a conocer, y en algunos casos peores, la identificación con el agresor y la imputación de la culpa a la víctima, eran feos mecanismos acerca de los cuales nosotros habíamos leído en estudios sobre la Alemania Nazi. Para nuestra profunda tristeza, porque en forma totalmente ingenua no habíamos esperado que esto operara en tantos de nuestros entrevistados, tuvimos que reconocer la existencia de estos mecanismos durante nuestra investigación; en la segunda ocasión, la mayoría de los entrevistados nos dijo que "solamente ahora" se habían enterado de las atrocidades, que "por supuesto" condenaban enérgicamente (17).

(17) Una pregunta obvia que nos hicimos desde el comienzo de nuestra investigación fue si las personas que respondían escondían de nosotros sus verdaderas opiniones debido al temor y a la desconfianza. Estamos seguros que ese no fue el caso, porque prácticamente todas las entrevistas, después de un comienzo, fueron muy emotivas. A menudo las personas que nos respondían, gritaban y daban otras señales inequívocas de profundas emociones que estaban sintiendo, cuando nos hablaban acerca de temas relacionados con la esfera pública y sus propios pasados, que, como algunos de ellos insistieron, habían "olvidado". Tanto de hecho como emocionalmente el momento más difícil para nosotros no fue comenzar, sino terminar con las entrevistas. En no menos de la mitad de los casos las personas que respondieron nos pidieron continuar (después de un promedio de dos horas y media de entrevista) o hacer otra cita con ellos sosteniendo que el hecho de hablarnos era muy importante para ellos.

Las personas que nosotros volvimos a entrevistar nos dieron la impresión de haber "descubierto" recién lo que subconscientemente sentían que deberían haber "descubierto" lo que subconscientemente sentían que deberían haber creído durante los años de severa represión. Como consecuencia volvieron a escribir sus memorias para que calzaran con ese descubrimiento. El sentido de continuidad de sus identidades personales fue preservada y así pudieron mirar al pasado sin culpa conciente o vergüenza: ellos no habían tenido "nada que ver" con las atrocidades perpetradas por el régimen (lo que era cierto en el sentido real, pero parcial, de no haber participado personalmente en la represión) y habían conocido poco o nada de aquellas atrocidades. Es mi impresión que estos cambios, importantes aunque no reconocidos, estuvieron estrechamente relacionados a la eliminación previa de la mayor parte de las formas de voz horizontal, y en el momento de las segundas entrevistas, a la rápida recuperación de todas las formas de voz que estaba ocurriendo.

Durante nuestra primera ronda de entrevistas, tratando de encontrar algo más que el lado oscuro de la realidad, nos dijimos a nosotros mismos que el rechazo de muchos de nuestros entrevistados a reconocer lo que estaba ocurriendo, era un mecanismo de defensa que los preservaba para tiempos mejores. Dadas las condiciones extremadamente represivas, a menos de producirse una identificación conciente con el régimen, y consecuente y necesariamente con las atrocidades, la real alternativa para estas personas era sumergirse en una vida privada que los absorbiera, y rehusar conocer lo que estaba sucediendo "afuera". Esto, al menos, los preservó (más específicamente a sus autoestimas), para el momento cuando finalmente no fuera demasiado peligroso conocer e indignarse sobre lo que había ocurrido. Imaginar que siempre se habían opuesto decididamente al régimen y aceptar la realidad después que el régimen había comenzado a derrumbarse, son expresiones de defensas bien conocidas tales como racionalización psicológica, memoria selectiva, y disonancia cognitiva. El aspecto que me interesa de estos complejos fenómenos, es descubrir cómo su ocurrencia pudo haber provocado cambios en el contexto político.

Como encontramos en el ya mencionado estudio de transiciones, hay circunstancias, más allá del caso argentino, que condujeron al derrumbe o de manera menos dramática a la decadencia del régimen represivo.

Existen entonces algunos nobles individuos que tienen el coraje de decir al emperador que está desnudo (algunos tuvieron el coraje de decirlo antes, pero entonces muy pocos escucharon). Hay también otros con no menos nobleza, que se atrevieron a difundir opiniones hasta poco antes inimaginables. El carácter ejemplar de aquellas afirmaciones conduce a otros, y luego a otros a dirigirse a otros diciendo que lo que realmente importa es actuar juntos con el propósito de deshacerse del régimen autoritario. En otras palabras la sociedad civil ha resucitado, la voz horizontal ha vuelto a emerger, sus implicaciones "subversivas" operan de nuevo, la voz oblicua llega a ser innecesaria, y en consecuencia, la

voz vertical dirigida a cambiar a los que están en la "cúspide" es escuchada. En las primeras etapas de este proceso, la represión del régimen autoritario que se desmorona, puede ser y generalmente es severa, pero tiende a ser errática y sobre todo, pocos creen que puede restaurar el dominio que el régimen tenía previamente sobre la vida de los individuos (18).

En tales circunstancias la voz horizontal apela nuevamente al "ser público" de los individuos, de manera que les permite recobrar el sentimiento de integridad: ahora puede pedir los derechos que les corresponden como ciudadanos, y recuperan los patrones morales que les permiten tomar una posición contra el régimen. A esto se debe que los efectos de rebote del involucramiento en asuntos públicos se extienda y se hagan más intensos: muchos se repolitizan, las campañas electorales arrastran grandes multitudes, los intentos de una reversión autoritaria son generalmente derrotados con el apoyo de una opinión pública activa y movilizada, y la participación en las elecciones fundadoras de un régimen más o menos democrático es generalmente alta. No importa cuanto sea el "free riding", no pesa lo suficiente como para debilitar tales procesos, y parece no haber nada como la percepción de la "paradoja de votar": al contrario, participar en la extinción de la dominación autoritaria, y votar. El acto mismo simbólico y, en cierta medida, práctico de negación del régimen autoritario es constitutivo no sólo de las autoridades democráticas, sino también del votante en tanto ciudadano, son acciones emprendidas, como Hirschman sostiene, porque aquellas actividades son sentidas como extremadamente gratificantes en sí mismas.

Lo que resulta claro en las circunstancias obviamente excepcionales de extinción de la dominación autoritaria, puede también ser verdadero, aunque en forma menos intensa, y así más difícil de percibir, respecto de muchas formas de participación política y de repolitización en circunstancias más normales. El sentido de valor personal y autorespeto, el sentimiento que uno no es un idiota, la esperanza de lograr metas que se consideran valiosas por medio de la acción colectiva, la motivación de vencer la "frialdad" y "oscuridad" de una vida aislada, a través de la validez emocional de la sociabilidad y la identidad colectiva, la sensación de tranquilidad que resulta de compartir valores y opiniones con muchos otros individuos, son todos fenómenos cruciales de la vida política, aunque a menudo se desvanezcan y reaparezcan de nuevo bajo antiguas o nuevas facetas. Estos fenómenos no pueden ser explicados por criterios utilitarios, por lo cual no deberíamos esperar que sean materia (o al menos dominados) de los dilemas y paradojas de los tipos de acción social para las cuales los criterios utilitarios resultan razonablemente realistas. La voz horizontal tiene una importancia crucial para la emergencia y reproducción de tales fenómenos, así como para la existencia de un contexto democrático.

(18) Estos procesos son discutidos en O'DONNELL, SCHMITTER, WHITEHEAD, *Transitions...* citado.